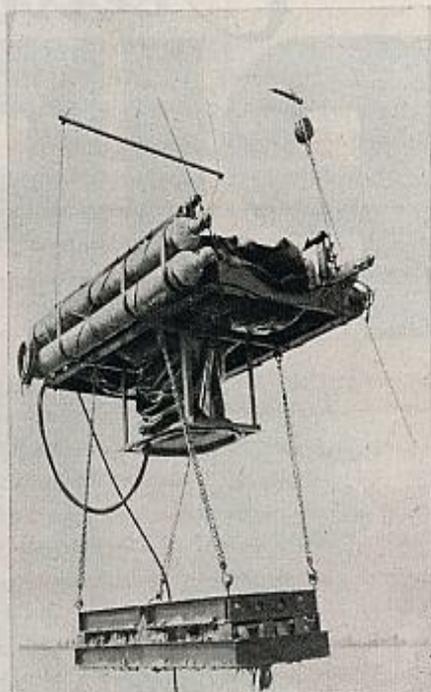


EL DIARIO DEL MUNDO SUBMARINO

"A 130 metros noto que los rasgos de mi rostro se distienden en una mueca hilarante; estoy borracho como una cuba. Es la narcosis del nitrógeno..."



EN el número anterior publicábamos la primera parte del relato de Robert Sténuit sobre la apasionante experiencia por él llevada a cabo con la colaboración de Edwin Link y Jon Lindbergh. Por primera vez en la historia de la inmersión submarina, Sténuit y Lindbergh han permanecido bajo el mar, a 130 metros de profundidad, durante dos días y dos noches consecutivas. El cilindro Link les sirvió para el descenso, y utilizaron para su estancia en el fondo la S. P. I. D., tienda específicamente adaptada a las circunstancias. En esta segunda y última entrega, reproducimos el diario de Sténuit en que, hora a hora, va narrando no sólo los acontecimientos de su permanencia en el fondo, sino sus impresiones durante los dos días de inmersión.



Sobre estas líneas, la S.P.I.D. —tienda portátil inflable sumergida— en el momento en que, desinflada, se prueba su inmersión. A la izquierda, Robert Sténuit, autor del trabajo que publicamos, en el interior del cilindro Link. En el centro, el momento de lanzar al agua el «igloo», último invento de Edwin Link, campana neumática que se infla, igual que la S. P. I. D., y puede anclarse en el fondo.

Por ROBERT STENUIT

DESPUES de una larga etapa de exploraciones preparatorias y de experimentación, el momento decisivo se acercaba. El «Sea Diver», después de cuatro meses en la base naval de Kay West, había pasado al dique seco de Miami, y allí es donde Jon Lindbergh se unió a nosotros. Por fin, el 15 de junio, largábamos amarras. En aguas de una de las islas Barry, en la pendiente norte del gran banco de las Bahamas, el «Sea Diver» se unió al «Nahant» y al barco auxiliar «Sea Hunters», y el avión personal de Edwin Link venía, al día siguiente, con un paseje de personalidades y observadores civiles que iban a presenciar el acontecimiento.

Si una jornada normal de trabajo dura, a bordo del «Sea Diver», diez horas, en aquellos días, médicos, ingenieros, electricistas, mecánicos, buzos y marineros trabajaban catorce horas, y Link, dieciséis, bajo un sol de justicia. El ensayo general tuvo lugar a 21 metros de profundidad, en el agua más límpida que he visto en mi vida; en cinco horas, Jon y yo equipamos completamente la tienda. Al mismo tiempo, los ecos-sonda del «Nahant» iban estableciendo un mapa detallado de los fondos de 120 metros...

Mediante las notas que fui tomando en las paredes del cilindro, en el techo de la S. P. I. D. y en el dorso de una caja de «flashes», confrontadas con el relato de cinta magnetofónica de la experiencia, pude llegar a montar este diario de la más larga y profunda inmersión realizada hasta hoy.

30 de junio

9 h. 45

El cilindro se balancea suavemente a lo largo de la borda. El tiempo es perfecto. Pequeña brisa. Ni el menor chapoteo. Jon abre la escotilla. **SIGUE**
A y entramos los dos en el ascensor.

Creaciones **PIPERS**®

PRÊT A PORTER

LA MUJER Y SU PERMANENTE ESTILO



Es el buen gusto, el estilo, quienes
sitúan a la mujer en sociedad.
La mujer de buen gusto
mantiene su estilo en todas las actividades
de su afán cotidiano con ropa
cómoda, práctica y funcional que sirva
a su gracia y feminidad.

DE VENTA EN ESTABLECIMIENTOS
DE GRAN PRESTIGIO





nuevo OMO
"SUPERACTIVO"
lava. lava.
lava más!

lava más ropa más a fondo, gracias a su nueva composición "superactiva". A mano o en lavadora, el Nuevo OMO es un producto completo: no es necesario añadirle jabón, azulete ni lejía. Actúa incansable desde la primera a la última prenda, dando a su colada un blanco único, incomparable... ¡Y con qué cariño cuida ropa y lavadora!

lava de maravilla las prendas finas y de fibras modernas, devolviendo al nylon su blanco original. ¡Tome una camisa y haga con el Nuevo OMO "la prueba del nylon", como indica el paquete! Y comprobará como... para toda clase de tejidos, incluso los más modernos

OMO lava más blanco

10 h. 45

Estamos a 18 metros; presión interior: 45 metros. Nos quedamos aquí, a esta presión, hasta llegar al fondo. Por un ojo de buey observo a Ed Link, que supervisa por sí mismo las últimas comprobaciones.

12 h. 30

Noventa metros. Bajamos tan suavemente que sólo la aguja del batímetro nos permite darnos cuenta de ello. Ya estoy más abajo de lo que yo haya estado nunca.

12 h. 34

Jon es el primero que ve la S. P. I. D., bien plantada en el fondo bajo nosotros, hasta el punto de que debemos desplazarnos para no aterrizar justamente encima. Es reconfortante ver una pequeña casa en este lugar que más parece lunar que terrestre.

12 h. 58

Ciento veinte metros. El agua sigue siendo cristalina, pero cada vez está más oscuro. Seguimos bajando.

13 h.

En el fondo, el profundímetro marca 130 metros. El capitán del «Nahant» ha sido generoso.

13 h. 15

Desde la superficie, el doctor James Dickson y el doctor Mc Innis, de la Universidad de Pennsylvania, elevan lentamente nuestra presión interior a 14 atmósferas. Respiramos una mezcla de 3,8 por ciento de oxígeno y 96 por ciento de helio. Incapaz de emitir un sonido comprensible, empleo a lamentar no haber aprendido el lenguaje por gestos de los sordomudos.

13 h. 45

La superficie nos indica que tenemos paso libre. Aflojo la escotilla B, que regula nuestra presión interior, y tiro de ella hacia mí, y después aflojo la escotilla A, que impide que el agua penetre, y que se abre por completo. Ahí está el Atlántico, un redondel azul, claro y fresco, que chapotea a mis pies. Me pongo el mono que acabo de inflar y me dejo caer al agua. Resulta más bien fresca, a pesar de sus 22 grados. Echo una ojeada para comprobar si andan por allí los tiburones de las profundidades de que con tanta frecuencia me han hablado. Nada a la vista. Sin embargo, dos marineros del «Nahant» han pescado anteayer, con un gancho de carnicero y un pequeño tiburón de plástico como cebo, un tiburón-tigre de cuatro metros y medio... Nado lentamente hacia la tienda, que está muy cerca, y entro en la burbuja por la base del pozo de acceso. Mi cabeza atraviesa un espejo de plata: es la superficie del agua. Siento bien el aire fresco del interior...

13 h. 50

Acabo de enchufar el analizador Beckman. Oxígeno, 4 por ciento; CO₂, 0,25 por ciento. Todo va bien. Me siento. Por fin estoy aquí. Llegar ha supuesto diez meses de esfuerzos, de aplazamientos, de trabajos de castor, pero ya estoy aquí. Qué tranquilidad en este otro mundo, qué silencio y qué paz... Pero hay que actuar rápidamente. Para evitar estropecios en el caso de que la tienda resultase inundada durante el descenso, todos los instrumentos, las conexiones eléctricas y el equipo interior han sido encerrados en recipientes estancos. Hay que sacarlos y enchufarlos lo más pronto posible.

14 h. 05

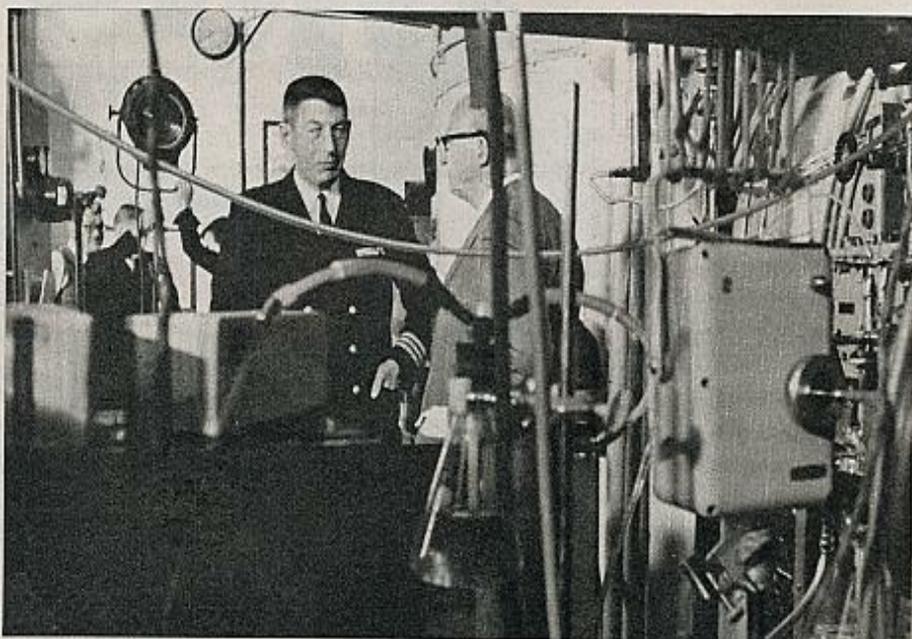
Jon se ha unido a mí. Le paso un primer «contenedor», del que extrae un «pulpo» de gruesos hilos negros con enchufes impermeables. Primero

establece el contacto con la superficie, después conecta la luz. La bombilla se enciende, luce treinta segundos y se apaga. Nos miramos consternados. ¿Se trata de la bombilla o —lo que sería más grave— de la corriente? Continuamos a la luz de una antorcha de inmersión. El radiador no da ningún calor. Sin calefacción ni cocina caliente las cosas se presentan más bien mal.

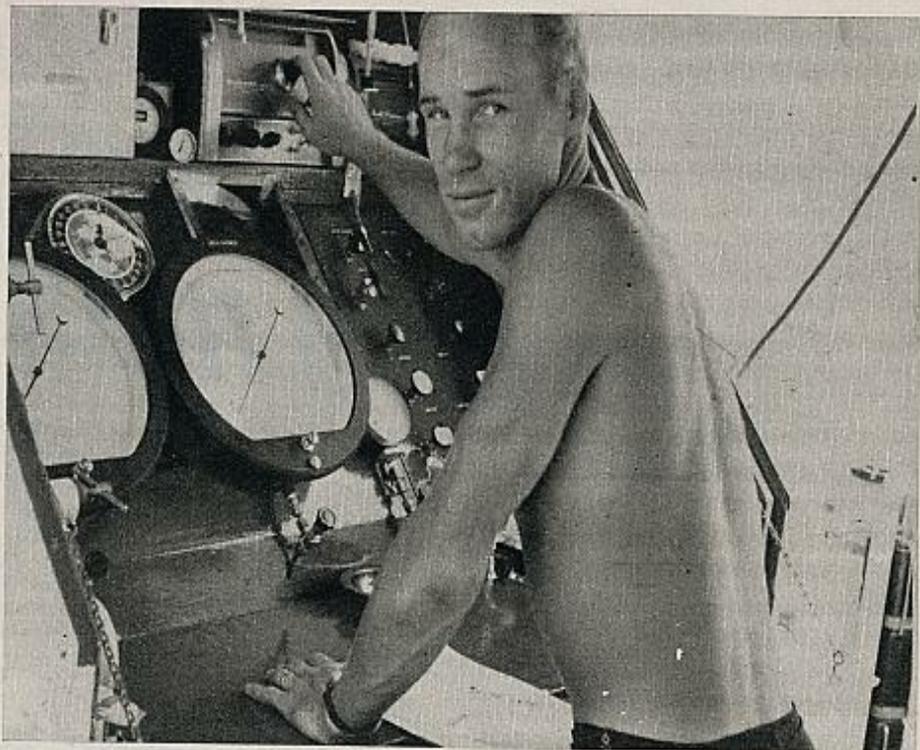
14 h. 10

De pie en el estrecho pozo de acceso, con el agua hasta la cintura, luchó ahora contra un cilindro de aluminio de un metro cuarenta de largo, que encierra un grueso cartucho de hidróxido de bario

y el turboventilador que aspirará continuamente el gas a través de los cristales para absorber el bióxido de carbono producido por nuestra respiración. Por fin logro tener la tapadera fuera del agua y el reborde apoyado en el último barrote de la escala. Abro la válvula de equilibrio. Espero un susurro. No pasa nada. Jon hace una mueca que no puede significar más que una cosa. En efecto, levanto la tapadera y veo que todo está inundado. El motor y el ventilador están inutilizables, y una espesa pasta blanca surcada de cráteres desborda del recipiente. Nuestra situación no se puede calificar de brillante. Este aparato es vital para nosotros. Echo un vistazo al analizador



El Grupo de Inmersión Experimental de la Marina americana, a las órdenes del comandante Hedgepeth, se había puesto a nuestra disposición para probar en los cajones de inmersión los efectos de la saturación.



El doctor Mc Innis, que compartía con el doctor Dickson la responsabilidad médica de la expedición, aparece en la foto examinando el tablero de control de gases, fundamental para la supervivencia en el fondo.

LOS DIAS MAS PROFUNDOS

Beckman: la aguja pequeña está ya en el 12, y 12 milímetros de mercurio son 1,5 por ciento de CO₂. Nuestros minutos aquí están contados.

Cambiamos rápidamente el filtro. El «container» esta vez es de chapa de hierro de un centímetro, y me parece que pesa una tonelada cuando me agacho para arrastrarlo en pos de mí. Jon me echa un cabo. Vuelvo al pozo para respirar, cada vez más pesadamente, cada vez con más frecuencia. Nuestros esfuerzos hacen subir aún más el coeficiente de CO₂, que alcanza un 1,7 por ciento. Entonces nos damos cuenta de que la tapadera no lleva válvula de equilibrio. Debe tratarse de un error de la superficie. Hago un cálculo rápido: por cada centímetro cuadrado de este disco de hierro de 10 centímetros de diámetro hay 14 kilos de presión exterior y uno de presión interior, siendo la presión diferencial de alrededor de cuatro toneladas. No intentaremos tirar. Lo único que intentaremos es cortar o rasgar la junta entre el cilindro y su tapadera. No hay nada que hacer. Cojo un destornillador. Jon raja nitidamente con un cortafíos. Una ojeada al Beckman arroja un coeficiente de 2,8 por ciento de CO₂. Ahora jadeamos, respiramos demasiado de prisa. Los sordos latidos de mi corazón resuenan en todo mi cuerpo. Hago señas a Jon de que debemos marcharnos. Y volvemos al cilindro, al refugio seguro, a la antesala de la superficie...

14 h. 30

Las cosas marchan muy mal. Ni purificación de aire, ni luz, ni electricidad. Escribo con «filomaster» en las paredes del cilindro: «De todos modos, nos quedaremos veinticuatro horas». Desde el piso de arriba, Jon asiente con un gesto: «Evidente». Una jornada entera en el cilindro, a 130 metros de profundidad, nunca supondrá más que un semifracaso. Llamamos a la superficie. Link contesta, breve y eficaz, como siempre: «Os mandamos un cable, amarrad a él el «container» inundado, tenemos un motor de recambio, repararemos y os lo volveremos a bajar».

15 h.

El recipiente inundado está en la superficie, en manos de los electricistas.

16 h.

Esperamos. El doctor Dickson nos llama: «Tienen más de 2,8 por ciento de CO₂ en la tienda, según mis instrumentos. Podrán tolerarlo quince minutos, ni uno más». Tiene razón. El coeficiente de anhídrido carbónico va a subir rápidamente a 5 por ciento y habrá que marcharse inmediatamente si queremos evitar la asfixia. Durante estos quince minutos nos vamos a jugar el éxito o el semifracaso de la expedición.

17 h.

Seguimos esperando. Empieza a oscurecer.

18 h. 25

El nuevo purificador aterriza en la cumbre del cilindro. Me lanzo al agua y voy a buscar el nuevo «container» para traerlo hasta la tienda. El gas es pesado en el interior y resulta pastoso en la boca. Con el corazón laténdome atropelladamente, abro el grifo y la válvula de igualación. El gas ambiente entra en el recipiente bisbiseando. La alegría ilumina el rostro de Jon, pero no hay tiempo para celebrarlo. Han pasado seis minutos; la pequeña aguja negra ha vuelto a irse a la derecha. Quitamos la tapadera. Jon atrae hacia sí el pesado cilindro, enchufa, el motor ronronea, el gas circula... Hemos ganado.

19 h. 30

Estamos instalados en la tienda. Para cenar tenemos jugo de zanahorias, agua en lata, macedo-



Es probable que esta escafandra autónoma, con circuito cerrado de mezcla gaseosa, sea la que en un futuro próximo utilicen los hombres que se establezcan para trabajar en la llanura submarina occidental.

(Sigue en la página 69)

LOS DIAS MAS PROFUNDOS

(Viene de la página 41)

nia de frutas, «corned beef»... Nuestras latas de conserva están aplastadas, torcidas por la presión.

23 h.

Primera noche a 130 metros. He escogido el primer turno de guardia. Vigilo los instrumentos y el nivel del agua en la base del pozo de acceso. El radiador no funciona, y Jon tiritó en su camastro, enfundado en tres inútiles «chandaills». Observo, por el ojo de buey, los miles de sardinas que danzan con las gambas a un ballet gastronómico en el haz de luz de nuestros proyectores. En la superficie, el equipo médico se releva en la mesa de control...

1 de julio

2 h.

Me asomo al pozo y tengo un vahído. Una gigantesca silueta negra se desplaza lentamente a lo largo de la escala. Es, simplemente, un pacífico mero, grasiento como un jabalí, y que debe pesar por lo menos ochenta kilos...

9 h.

Desayuno. En cuanto nos movemos, la temperatura se hace insuportable.

10 h.

Nueva maniobra del «container» para preparar un cartucho absorbente de recambio. Pruebas del aparato respiratorio. Amarrado a sus quince metros de tubo, Jon explora los alrededores. Todo, en todas partes, hierve de vida: esponjas, gusanos, actinias, pececillos absurdos, bloques de coral fósil desperdigados en el fondo y hormigueantes de animalitos blancos, como si se tratase de colmenas... El aparato respiratorio funciona perfectamente. El enorme mero nos sigue a todas partes, lame mi pie cuando bajo la escala y acepta todas nuestras caricias.

18 h.

El radiador y el deshumidificador ya están reparados; después de tres horas en el agua, la cosa sienta muy bien...

22 h.

Realizamos una experiencia de comunicación mediante la voz. ¿A partir de qué porcentaje de helio puede uno hacerse comprender a 130 metros de profundidad? Lindbergh aspira tres profundas bocanadas de una botella de gas con 25 por ciento de helio y 75 por ciento de aire. Su voz sigue estando deformada y siendo nasal. Pero yo le comprendo perfectamente, y en la superficie, también. Aprovecha para dictar telegramas a cada uno de sus cuatro hijos, allá en la costa Oeste: «Vivo en una casita en el fondo del mar, que flota como un globo al cabo del hilo. Por la ventana veo mil pequeños peces plateados y un enorme mero me sigue en mis desplazamientos como si fuera un caniche...». La radio de a bordo transmitirá a cuatro niños del siglo XX un cuento de hadas moderno; se trata de la bella historia de Ondina, hecha realidad...

Llegado mi turno, realizo tres profundas aspiraciones de una botella de aire comprimido puro. El aire es tan viscoso que se le ve literalmente «resbalar», como una espesa bruma, cuando se aprieta el botón del «by-pass». A la tercera bocanada la tienda comienza a ondularse, se encienden círculos de luz que pasan lentamente ante mis ojos. Noto que los rasgos de mi rostro se

distienden en una mueca hilarante; estoy borracho como una cuba. Me rindo: se trata de la narcosis de nitrógeno. No vale la pena insistir.

23 h. 15

El proyector de 5.000 vatios del cilindro, que lucía día y noche, se apaga. Sin duda, se ha fundido. Nuestra luz interior se aviva inmediatamente. Diez segundos más tarde, la superficie del agua en el pozo está en ebullición. Todas las sardinas que merodeaban en el haz de luz del faro se han apiñado. Saltan fuera del agua frenéticamente, dan vueltas, como locas, a ras de la superficie.

23 h. 35

Un golpe sacude la S.P.I.D. Jon se despierta sobresaltado. ¿Qué ocurre? Una sacudida más y nos agarramos al camastro. «El mero». Es el mero gigante que carga contra las sardinas, con su hocico abierto de par en par. Se lanza como un «bulldozer» y siempre se incrusta en el pozo, demasiado estrecho para su cuerpo monstruoso.

2 de julio

4 h.

Nos ha tenido toda la noche despiertos. Es un verdadero terremoto. Gambas, sardinas, mero...; ya no faltan más que los tiburones para completar el ciclo, pero si su tamaño está en relación con el de los meros de por aquí, preferiría no encontrármelos durante la noche...

10 h.

Vamos a pasar tres horas en el agua, como hacemos todos los días. Provisto de una escafandra, fotografía a Jon, que se ocupa de ordenar el cesto de plomo. Los relámpagos de mi «flash» atraen a media docena de meros gigantes. Se pegan a mis talones, arriman su nariz al objetivo, corren bajo mis piernas y llenan todo el espacio con sus cuerpos bovinos. He desgarrado mi traje isotérmico ayer, desde los hombros a la cintura, y tiritó sin poder controlarme. Hay que seguir adelante. Mis fotos, si son buenas, serán las fotos tomadas a mayor profundidad. Sigo tomando, pues, fotos en blanco y negro y en color. Cuando ya no aguanto más, vuelvo a la tienda y como golosamente seis cucharadas de azúcar. Treinta segundos más y dejo de tiritar...

13 h. 20

La superficie nos llama. Se acabó. Hemos pasado dos días y dos noches a 130 metros de profundidad. La demostración es concluyente. Todos nuestros «tests» han resultado. La primera noche, cuando tiritábamos de frío, habríamos aceptado volver a subir sin discusión. Ahora que el deshumidificador funciona, nos sentimos lo bastante importantes para pasar aquí el resto de la semana.

14 h.

Estamos encerrados en el ascensor. Vamos a ser izados a bordo, a pasar a la cámara de decompresión donde nos espera el confort de los tarrastres, y dentro de noventa y seis horas las escotillas se abrirán para devolvernos al sol. En total, habremos pasado una semana entera sin respirar el aire...

R. S.

FIN

(Fotos del AUTOR)

Copyright R. STENUIT y "TRIUNFO" 1964.

triunfo

EN EL MUNDO

nuestra revista se vende en:

ALEMANIA

W. E. SAARBACH G. M. B. H.
Gertrundenstrasse, 30.
COLONIA

BELGICA

Agence & Messageries de la Presse, S. A.
Rue du Persil, 14-22.
BRUSELAS

FILIPINAS

San José Traders, Inc.
P. O. Box, 1.340.
MANILA

FRANCIA

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne.
111, Rue Réaumur.
PARIS

HOLANDA

M. Van Gelderen & Zoon N. V.
N. Z. Voorburgwal, 142.
AMSTERDAM

INGLATERRA

The Continental Publishers and Distributors Limited.
101, Southwark Street.
LONDRES

ISRAEL

Steinatzky's Agency Ltd.
Citrus House.
TEL-AVIV

LIBANO

The Levant Distributors Co.
Place de L'Etoile, Assely Bldg.
BEIRUT

NICARAGUA

Don Oscar Lempira Lanuza.
Del Cine Salazar Ic Arriba, 321.
MANAGUA

PARAGUAY

Don Evaristo Arrufat Moliné.
Casilla de Correos, 835.
ASUNCION

PERU

Distribuidora Inca, S. A.
Apartado número 3.115.
LIMA

PORTUGAL

Agencia Internacional de Livraria e Publicações Limitada.
Rua San Nicolau, 119.
LISBOA

Livraria Bertrand.
Apartado número 2.078.
LISBOA

VENEZUELA

Ediciones y Distribuciones «Edimes».
Apartado número 3.887.
CARACAS